

¿Qué es apropiado en la predicación?

Dub McClish

Introducción

Pablo escribió a los corintios: “Pues si anuncio el evangelio, no tengo por qué gloriarme; porque me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio!” (1 Corintios 9:16).¹

Ay es el término habitual que los profetas usaban para anunciar el juicio de Dios sobre las naciones, ciudades e individuos. El Señor frecuentemente empleó este término al quejarse contra el pecado y el error entre los líderes judíos, usándolo ocho veces solo en Mateo 23 (RV1960). Pablo usó el término en 1 Corintios 9:16 en reconocimiento de que estaba bajo la amenaza del juicio de Dios si fallaba en su responsabilidad de predicar el Evangelio.

Preguntar qué es apropiado en la predicación es implicar que algunos comportamientos y mensajes son apropiados, mientras que otros pueden ser inapropiados. Nuestra tarea es descubrir y enfatizar lo que implica la predicación del Evangelio. Si bien estaremos pensando en gran medida en hombres que predicán en púlpitos y que dedican su vida a la predicación, las verdades que consideraremos se aplicarán en principio a todo cristiano. El Nuevo Testamento limita a los hombres a la predicación pública dirigida a asambleas mixtas (1 Timoteo 2:11-12); para que ninguna mujer pueda consagrar bíblicamente su vida a esta obra. Por supuesto, no todos los hombres cristianos dedican su vida a la obra de predicar. Sin embargo, existe un sentido en el que todo hijo de Dios debe participar en la “predicación,” comunicando el Evangelio a tantos como sea posible. Aunque pocos pueden haber sido “predicadores” en cualquier sentido ocupacional, cuando Lucas describió la masa de hermanos que tuvieron que huir de Jerusalén debido a la persecución incitada por Saulo de Tarso, dijo: “iban por todas partes anunciando el evangelio” (Hechos 8: 4).

Los predicadores deben PREDICAR el evangelio

La palabra *predicar* en 1 Corintios 9:16 proviene de la palabra griega *euangelizo* y, según el Léxico de Arndt y Gingrich, simplemente significa “llevar o anunciar buenas noticias ... en su mayoría especif. el mensaje divino de salvación, la proclamación mesiánica, el evangelio ... proclamar, predicar.”²

En sus diversas formas, este término se encuentra cincuenta y cinco veces en el Nuevo Testamento griego. A través de la pluma de Marcos, Jesús mandó: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (16:15). La palabra griega detrás de *predicar* en este pasaje

es *kerusso*, que, en sus diversas formas, se encuentra sesenta y una veces en el Nuevo Testamento. Joseph Henry Thayer definió esta palabra, en parte, de la siguiente manera: “proclamar a la manera de un heraldo; siempre con una sugerencia de formalidad, gravedad y una autoridad que debe ser escuchada y obedecida.”³

Uno no puede leer la historia de los predicadores de Dios en el Nuevo Testamento sin quedar impresionado con la autoridad con la que predicaron, como lo indica la definición de *kerusso* antes mencionada. No ofrecieron el mensaje del Evangelio como uno entre varios buenos mensajes. No habían oído hablar del pluralismo religioso políticamente correcto. Cuando los apóstoles comenzaron a ejecutar la gran comisión, uno se sorprende por la autoridad con la que predicaron el Evangelio, comenzando en Pentecostés (Hechos 2:14–40). Con valentía proclamaron, frente a la severa persecución, que la salvación era solo en el nombre de Cristo (4:12). Los apóstoles instruyeron a los predicadores de la “segunda generación” a predicar de la misma manera. Pablo le ordenó a Timoteo que “prediques la palabra” para “redargüir, reprender y exhortar” a sus oyentes (2 Timoteo 4:2). Le ordenó a Tito, “habla, y exhorta y reprende con toda autoridad” (Tito 2:15).

El fenómeno de los Promotores del Cambio en la iglesia ha elegido la adoración como un objetivo principal (este asunto se discutirá en detalle en otros capítulos). Ha buscado especialmente socavar y debilitar la predicación, si no eliminarla por completo. Los Agentes de Cambio saben que deben deshacerse de la predicación del Evangelio enérgica y fiel si quieren moldear la iglesia de acuerdo con su modelo denominacional. El precepto precede a la práctica; la práctica sigue a la doctrina. Para cambiar la práctica, primero deben silenciar al mensajero o alterar o reemplazar el mensaje. El clamor de las décadas de 1960 y 1970 contra la predicación “negativa” y “dogmática” fue el semillero de este esfuerzo. Fue un intento de eliminar el estatus de autoridad que la verdadera predicación del Evangelio ha disfrutado desde los tiempos del Nuevo Testamento. Ha tenido éxito en un grado notable y alarmante.

El ataque a la predicación autoritativa del evangelio se demuestra claramente en cosas como:

1. Eliminar la invitación que incluye el plan de salvación.
2. Mover al predicador desde el púlpito hasta el nivel del piso del auditorio.
3. Animándolo a vestirse con ropa casual, todos los días (a veces descuidada).
4. Reemplazar la predicación con un panel de discusión.
5. Reducir el tiempo del sermón a no más de quince o veinte minutos.
6. Reemplazar la asamblea de adoración del domingo por la noche (y su predicación) con

reuniones de grupos pequeños en los hogares.

7. Reemplazar la predicación con “testimonios” subjetivos.
8. Ridiculizar la predicación de libro, capítulo y versículo (los liberales a veces lo llaman “concordancia”).
9. Desacreditar la predicación “doctrinal” a favor de predicar solo sobre “gracia,” “amor,” “paz” (como ellos los definen, por supuesto) y temas “sociales.”
10. Sustituir sketches dramáticos por sermones.⁴

Otra forma en que los Promotores del Cambio han simplificado el concepto bíblico de la predicación del Evangelio es introduciendo astutamente la palabra *compartir* en referencia a ella. No leemos en la Palabra de Dios de predicadores que “compartieron” el Evangelio **con** sus oyentes, sino de aquellos que “predicaron” el Evangelio a sus oyentes. Como se señaló anteriormente, Cristo nos ordenó **predicar** el Evangelio y Pablo nos ordenó **predicar** la Palabra. *Predicar* es una palabra autorizada que implica un mensaje autorizado: el Evangelio. Esa es la razón por la que el Espíritu Santo la empleó. *Compartir* es una buena palabra en algunos contextos, pero en el contexto de llevar el Evangelio, es un término tímido para un enfoque tímido. Esa es la razón por la cual el Espíritu Santo **no** lo usa.

Los expertos en comunicación del mundo secular reconocen las implicaciones del enfoque de “compartir” al hablar en público. *The Regan Report*, un boletín para ejecutivos de comunicaciones, señaló hace varios años que los oradores que adoran “compartir” cuando dan un discurso en realidad no lo hacen en absoluto. Afirma:

Están siendo manipuladoramente humildes y falsamente democráticos. Pretenden que hemos venido a dialogar, pero en cambio hablan y escuchamos con la tonta pretensión de que nos estamos **comunicando entre nosotros**” (énfasis DM).

Hace algún tiempo estaba escuchando el extinto y conocido programa de radio de Rush Limbaugh y lo escuché discutir esta misma connotación de “*compartir*” y su uso frecuente por parte de liberales políticos y filosóficos. Anunció que en lo sucesivo dejaría de utilizar el término.

Si esta implicación es cierta en los negocios y otros contextos de comunicación secular, no lo es menos en la comunicación del Evangelio. *Compartir* es una de esas palabras “agregadas” groseramente y usadas en exceso (no solo por predicadores, sino por oradores en el mundo) que me gustaría ver que se convierta en una palabra “sacada,” especialmente por predicadores del Evangelio. Tengo que resistir fuertemente la tentación de rechazar a un predicador cuando comienza a decir que tiene algo que “compartir” con sus oyentes. El término está siendo sobreexplotado que un domingo escuché a un hermano comenzar los anuncios diciendo: “Quiero compartir algunos anuncios con ustedes.”

Algunos pueden objetar que esta distinción es más imaginaria que real cuando se trata de predicar el Evangelio. De hecho, no lo es. *Predicar* correctamente implica que el orador entregue un mensaje autorizado a otros que lo necesitan y que deberían aprender de él. Esta es siempre la relación entre los salvos y los perdidos, los informados y los desinformados, respectivamente. Por el contrario, *compartir* implica comunicación conjunta, intercambio bidireccional, diálogo entre el hablante y los oyentes involucrados, quienes tienen un mensaje que el otro necesita. Evidentemente, este no es el caso entre el pecador y el santo o el desinformado y el informado; el segundo tiene lo que el primero necesita, pero no al revés.⁵

El Nuevo Testamento no emplea la idea de “compartir” (ni verbal ni conceptualmente) en la obra de predicar el Evangelio. Además, será difícil encontrar la terminología de “compartir” utilizada por los fieles predicadores del siglo XIX y los primeros sesenta años del siglo XX.

El concepto de “compartir” al hablar en público surgió hace un par de generaciones de románticos y psicólogos seculares que creían o no creían en la existencia de una verdad objetiva o en la presentación de un mensaje autorizado. Fue una manifestación temprana de la “corrección política” desenfrenada en la sociedad actual. Los primeros conciliadores, seguidos por los liberales absolutos entre nosotros, tomaron el término y comenzaron a usarlo, aparentemente pensando que podrían “acercarse sigilosamente” a los pecadores sin realmente predicarles el Evangelio en forma clara. La terminología de “compartir” comenzó a aparecer en nuestros pulpitos en coordinación con el clamor contra la predicación “negativa” y “dogmática” en la década de 1960. Más que una coincidencia, el rápido crecimiento numérico de la iglesia comenzó a declinar en el momento en que esta actitud comenzó a afianzarse entre los predicadores.

En los últimos años, “compartir” se ha convertido en una de las palabras “queridas” de los liberales en la iglesia a quienes algunos confunden con predicadores del Evangelio, y con razón. *Los compartidores* encajan mucho mejor con ellos que los *predicadores*. Ni siquiera les gusta que los llamen “predicadores” porque esta palabra connota autoridad bíblica, la cual desprecian. Así como han rechazado los límites bíblicos para su propia doctrina y práctica, se resisten a enfatizar dicha autoridad a otros. Cuando suben al púlpito, en lugar de predicar un sermón del Evangelio con algo de alimento para el alma, deben “compartir” una experiencia, un poema, una lección, una historia o algo más (¡tal vez incluso una Escritura de vez en cuando!) en una lamentable charla de 15 a 20 minutos. Cientos de congregaciones languidecen en el

beriberi bíblico y el escorbuto espiritual porque escuchan poca o ninguna predicación del Evangelio de parte de tales hombres. Los hermanos están siendo “compartidos” hasta la muerte espiritualmente por estos compañeros semana tras semana.

Nunca he oído a un liberal hablar o escribir mucho que no se sintiera obligado a “compartir” algo. Sin embargo, los liberales no son los únicos que han adoptado la terminología de “compartir.” Con frecuencia lo escucho en oraciones y sermones (y anuncios, como se mencionó anteriormente) de hermanos fieles y sensatos. Ciertamente, uno se equivoca al concluir que todo aquel que emplea la terminología de “compartir” es, por lo tanto, un liberal. Sin embargo, los hermanos fieles que lo hacen han sido influenciados y les están haciendo el juego a los liberales sin darse cuenta. Creo que los hermanos fieles usan el término por costumbre, inconscientes de su origen o de las implicaciones relacionadas con hablar en público en general y con la predicación. Desafío a tales hermanos a romper el hábito de “compartir” en el púlpito o incluso al enseñar una clase bíblica. Simplemente no pertenece al vocabulario bíblico relacionado con la comunicación autorizada del Evangelio.

El mundo y la iglesia necesitan mucho más que un “compartir” empalagoso y dulce de tópicos religiosos y psicología pop. Necesitan mucho más que un grupo de “cañas sacudidas por el viento” santurronas y afeminadas (Mateo 11:7) disfrazadas de predicadores del Evangelio, que se preocupan más por las actividades sociales y de entretenimiento que por la Palabra de Dios y las almas eternas. El mundo y la iglesia necesitan escuchar la **predicación** de los **predicadores del Evangelio**. Si alguien quiere llamarme por algún término que crea que podría considerar despectivo, tendrá que elegir algún término además de *predicador*. Pablo dijo: “¡ay de mí si no **anunciar** el evangelio!” El dicho es pintoresco, pero cierto: “Dios tenía un solo Hijo, y era un predicador del evangelio.”

Los predicadores deben predicar SOLO el evangelio

Pablo no podía predicar ningún otro mensaje y agradar a Dios; tampoco puede ningún hombre. Los que predicán un Evangelio pervertido o cambiado (¡atención Promotores del Cambio!) tienen la condenación de Dios sobre ellos (Gálatas 1:7-9). No importa si un hombre es compañero de presidentes y gobernantes, ha escrito cincuenta y vendido cuarenta millones de libros, y predica para una iglesia con cuatro mil miembros. No importa si uno es presidente de una universidad “cristiana” o es profesor titular de la facultad de religión con media docena de doctorados. No importa si uno tiene una audiencia televisiva de millones o puede atraer a miles a sus cruzadas metropolitanas. Tampoco importa si monta un púlpito en un edificio que

todavía tiene “Iglesia de Cristo” en su marquesina. **Si predica algo diferente del Evangelio revelado por el Espíritu Santo, es “anatema.”** La tragedia de la pérdida de las almas de tales falsos profetas se ve agravada por la pérdida de todos los que los siguen (Mateo 15:14).

Debemos predicar solo el Evangelio, porque solo él es el “poder de Dios para salvación” (Romanos 1:16) y el único medio por el cual uno es engendrado por Dios (1 Corintios 4:15; Santiago 1:18; 1 Pedro 1:23). Por tanto, Dios exige absoluta pureza en el mensaje del Evangelio. A pesar de esto, los predicadores en cuerpos religiosos no autorizados por el Texto Sagrado malgastan su propio tiempo y almas y las de sus oyentes con discursos que contienen groseras perversiones religiosas. A muchos de ellos les encanta demostrar sus conocimientos de psicología y filosofía, pero muestran poco o ningún conocimiento de la Palabra de Dios.

Es triste más allá de la expresión que es un poco mejor en algunos de nuestros púlpitos. Algunos “predicadores” parecen mucho más enamorados de diversas especulaciones descabelladas de teólogos incrédulos y teorías tontas de escépticos modernistas que de lo que enseña la Biblia. Otros (tanto ancianos como predicadores), que no han ido tan lejos, están atrapados en la moda de “crecer a toda costa” que han aprendido de las “iglesias comunitarias” y otras mega-iglesias denominacionales con su “superestrella”, pastores “dinámicos.” Muchos en las bancas son tan bíblicamente ignorantes, mundanos y materialistas en su forma de pensar que están dispuestos a pagar mucho dinero por un hombre así. No importa la superficialidad o el error absoluto (en caso de que lo reconozcan) del mensaje, siempre que el mensajero sea “dinámico” y pueda mantenerlos despiertos con sus historias divertidas durante unos minutos el domingo por la mañana. Esta lamentable situación se basa en puro emocionalismo tanto en el predicador como en los oyentes.

La predicación sólida, sencilla y sin adornos del Evangelio es repulsiva para esta clase de púlpitos espiritualmente débiles y para aquellos que pagan su sustento. Esos son los que piensan que la congregación morirá sin un gimnasio para baloncesto, voleibol y clases de aerobics. ¡Simplemente no puede tener un programa exitoso de “difusión” sin él! (*Difusión* es otra de esas palabras “de moda” que los liberales tomaron prestadas de las denominaciones y algunos hermanos fieles han tomado prestadas de los liberales. *Difusión* es otra palabra “de moda” que me gustaría “descartar”).

Algunas congregaciones presentan descaradamente repeticiones de *Andy Griffith Show* y *Mayberry RFD* y hablan de los “valores familiares” que incluyen en lugar de lo que alguna vez fueron clases de Biblia los domingos por la mañana y los miércoles por la noche. Algunos ponen

películas (con palomitas de maíz) e invitan al público para “ganar almas.” Una congregación produjo e interpretó en su auditorio la ópera rock, *José y el asombroso abrigo en technicolor*, como su mayor esfuerzo de “difusión” del año.

Hemos observado muchos trucos de la imaginación en los últimos años que pasaron por alto la predicación del Evangelio en un esfuerzo por producir un crecimiento numérico y/o espiritual. Un compañero hizo giras con su espectáculo “Gimnasia para la gloria de Dios.” (Es posible que ahora tenga la edad suficiente para tener que cambiarlo a “Geriatría para la gloria de Dios”). Un hermano armó un acto llamado “Magia para el maestro” hace unos veinte años. Él y yo tuvimos una breve conversación sobre su trabajo en una ocasión y me entregó una de sus tarjetas de presentación cuando nos despedimos. Más tarde volteeé la tarjeta y descubrí que tenía múltiples talentos. La parte de atrás anunciaba “Haciendo malabares para Jesús.” Estas tontas fanfarronerías hacia el sensacionalismo encajan perfectamente con el “ministerio de payasos” en algunas congregaciones. Me complacería saber dónde están autorizados en las Escrituras tales artilugios con el supuesto propósito de evangelizar o hacer cualquier otra cosa relacionada con el reino del Señor.

Algunas congregaciones (la mayoría de ellas grandes y liberales en áreas metropolitanas) se han cargado tanto con “personal ministerial” que un bromista se ha referido al fenómeno como “personal viral” religioso. La “Iglesia de Cristo” de Richland Hills (una denominación mal llamada que era una congregación sólida hace treinta y cinco años) justo al norte de Fort Worth, Texas, cuenta con la siguiente lista y fotografías de veintidós personas (tres de las cuales son mujeres) bajo “Nuestros Ministros” en su sitio web:⁶

- Ministro Principal de la Palabra
- Ministro de participación de nuevos miembros
- Ministro Principal de Administración y Finanzas
- Ministro de Alabanza y Adoración
- Ministro de Adultos Mayores
- Ministro a Adultos Solteros
- Ministro de Jóvenes
- Ministro de Misiones
- Ministro Asociado de jóvenes (3 de estos)
- Ministro de Educación de Adultos
- Ministro de Difusión (2 de estos)
- Ministro de Vida Corporal
- Director de Consejería
- Ministro de Pequeños Grupos Evangelísticos

- Ministro de la universidad
- Ministro de Recreación
- Ministro principal de la vida congregacional
- Ministro de Niños
- Ministro de Familia Monoparental

Para no quedarse atrás, un boletín de la iglesia en Atlanta, Georgia, enumeró un “Ministro de Asuntos Socioeconómicos y Políticos,” y otro enumeró un “Ministro del Estacionamiento.”

¿No muestra esta lista un lamentable respeto por las personas? ¿Por qué dejaron fuera al “Ministro de Mediana Edad,” al “Ministro de Casados,” al “Ministro de Hombres,” al “Ministro de Mujeres,” al “Ministro de Empleados,” al “Ministro de los Empleados”, y otros? Pero alguien dice “Eso es ridículo, porque el Nuevo Testamento prohíbe tales distinciones como hombre-mujer y rico-pobre. Todos somos uno en Cristo.” Este es precisamente mi punto, como Pablo enfatizó: “Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gálatas 3:28). Tampoco vemos ninguna atención especial dada en la iglesia del Nuevo Testamento a las personas solteras, jóvenes, ancianas u otros subgrupos que uno podría delinear. Tal representa un concepto de especialización que está bien en el campo de la medicina, pero que Dios nunca ordenó para Su iglesia. Tales divisiones artificiales tienden a la segmentación de varios grupos dentro de la congregación local. Implican una deficiencia en el Evangelio y la iglesia dada por Cristo.

Para algunos no es suficiente predicar solo el Evangelio y dejar que la gente obedezca, dejando así que la iglesia crezca como Dios da el crecimiento. Deben intentar estimular el crecimiento artificial por diversos medios. Estos hermanos descarriados corren en círculo. Están ofreciendo actividades y servicios sociales y recreativos y emplean la manipulación psicológica en su larga letanía de “programas” y “ministerios.” Tales cosas tienen un fuerte atractivo para el público en general, especialmente para la gente materialista y mundana. Cuando estos obsequios (que pueden tener poco o nada que ver con la Biblia) comienzan a atraer multitudes, los manipuladores dicen: “Dios debe estar complacido con lo que estamos haciendo. ¡Mira cómo nos está bendiciendo con crecimiento!” Así que agregan algunos atractivos y trucos adicionales e incluso más personas vienen.

Sin embargo, se equivocan al dar crédito a Dios por tal “crecimiento.” Por sus propias intrigas y promociones atraen a las multitudes y cualquier empresa, secular o religiosa, podría aumentar su clientela con tales medidas. Las congregaciones que se jactan de un gran

crecimiento numérico por tales medios tienen poco más de Dios y Su Evangelio en ellas que cualquier otra operación comercial, social o de entretenimiento de alto poder. Simplemente se esconden detrás de una máscara casi religiosa. El crecimiento de la iglesia que es así estimulado artificialmente sólo puede producir un crecimiento artificial. Lo que sea necesario para llevar a la multitud allí, se necesitará más para que la multitud regrese. Dios dijo que el Israel rebelde se involucró en prácticas “que yo no les mandé, ni subió en mi corazón” (Jeremías 7:31). Creo que diría lo mismo acerca de las prácticas descritas anteriormente. Todas estas innovaciones se remontan a un punto de partida: el fracaso en predicar (y practicar) **solo** el Evangelio.

Los predicadores deben predicar TODO el evangelio

Pablo les recordó a los ancianos de Éfeso que mientras estuvo entre ellos predicando el Evangelio, “porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios” (Hechos 20:27). El Señor prometió a los apóstoles que enviaría el Espíritu Santo que les enseñaría **todas** las cosas, les recordaría **todo** lo que les había enseñado y los guiaría a **toda** la Verdad (Juan 14:26; 16:13). Dios ha inspirado **toda** la Escritura a fin de prepararnos completamente para **toda** buena obra (2 Timoteo 3:16-17). Solo cuando **todo** el Evangelio es predicado y recibido, tenemos **todas** las cosas que pertenecen a la vida ya la piedad (2 Pedro 1:3). Por la gracia de Dios, Él nos ha dado la fe entregada de una vez por **todas** (Judas 3). Un Evangelio “en parte” es un mensaje defectuoso; no es un evangelio en absoluto.

A menudo oímos hablar de la necesidad de una predicación “equilibrada.” Esta es una preocupación que vale la pena siempre y cuando el “equilibrio” esté definido bíblicamente. Sin embargo, para algunos, la predicación “equilibrada” es aquella que nunca es “negativa,” conflictiva, dogmática o autoritativa, sino que se centra predominantemente en la “gracia” y el “amor” (como ellos los definen) y que se expresa en términos de sugerencias insípidas. Sugiero que la única forma en que alguien puede estar seguro de que está haciendo una predicación “equilibrada” es predicar “todo el consejo de Dios.” Irónicamente, predicar así hoy en día es ser acusado de hacer una prédica “desequilibrada” por parte del elemento liberal.

Nuestra época está maldecida no solo por tener quienes predicán el error absoluto. Muchos hombres que se paran en nuestros púlpitos predicán la Verdad sobre los temas que abordan. El problema es que ellos simplemente nunca “se mueven” para predicar sobre ciertos tópicos y temas. Por lo tanto, aunque no predicán un error flagrante, predicán solo una medida de la Verdad. Debemos entender que predicar deliberadamente menos que todo el mensaje del Evangelio no es más que otro medio de predicar el error y el diablo se complace. Los que

predican deben, en la medida de sus posibilidades, conformarse con nada menos que el mensaje completo en su predicación. Los que escuchan deben exigir todo el mensaje de los predicadores.

Este problema es cada vez mayor en la iglesia, y tiene un triple objetivo:

1. Muchos en la iglesia no tolerarán escuchar **todo** el Evangelio. Algunos quieren desfilan en público casi desnudos, tener sus refrigeradores llenos de cerveza, suicidarse fumando o embriagarse, visitar los bares y salones de baile cuando les plazca y continuar en sus matrimonios prohibidos por Dios. Otros no pueden soportar escuchar fuertes predicaciones “doctrinales” que exponen el error y exponen la Verdad dogmática. Lo peor que puede hacer un predicador es mencionar por su nombre a un hombre que es un falso maestro. Prefieren dejar que sus amigos bautistas vayan al infierno creyendo en la doctrina bautista que escuchar a su predicador identificar a la Iglesia Bautista como un orden humano sin derecho bíblico a existir. Tales hermanos inventaron el sabio consejo: “Simplemente predica el Evangelio y deja a los demás en paz.” Otro grupo en la mayoría de las iglesias locales puede ser moralmente recto, pero varios de ellos son tan tacaños como Ebenezer Scrooge, abandonan la asamblea a voluntad o tienen lenguas que pueden rizar los pelos de un puercoespín. Estas personas se sienten completamente cómodas si el predicador predica sobre el bautismo, la iglesia o la cena del Señor. Sin embargo, a menudo se ponen muy irritables si la predicación refleja “todo el consejo de Dios” para abordar sus pecados preciados.

En generaciones pasadas, tales personas se arrepentían o dejaban la congregación, pero en los últimos años se ha vuelto cada vez más común que se queden y traten de expulsar al predicador y/o a los ancianos que se atrevieron a hacerlos sentir culpables. “Tomaremos nuestro dinero e iremos a otro lado si no bajan el tono de ese predicador. Después de todo, él es solo un peón.” Los que no tolerarán todo el Evangelio están ejerciendo un dominio cada vez mayor en las iglesias locales, y más y más buenos predicadores están siendo despedidos a causa de su influencia. No es raro que las congregaciones se queden con los pecadores y le pidan al predicador que se vaya, y no al revés.

2. Parece que los predicadores en números cada vez mayores ya no están dispuestos a predicar **todo** el Evangelio. Muchos se contentan con ignorar el pantano del comportamiento mundano y el pensamiento liberal y denominacional característico de sus respectivas congregaciones. Algunos de ellos han adoptado abiertamente las mentiras liberales, mientras que otros simplemente se han convertido en marionetas de púlpito que están decididos a mantener sus trabajos comprometidos a lo que sea si es necesario. No debemos confundir a los predicadores del evangelio con estos “participantes del semi-evangelio.” Estos tipos son cobardes espirituales santurriones que profesan ser demasiado “amorosos” y “amables” para meterse en las trincheras y hacer la guerra contra los errores doctrinales y los pecados que han tomado el control de cientos de congregaciones. Es más probable que justifiquen, defiendan y abracen a los falsos maestros, en lugar de nombrarlos y exponerlos. Al hacerlo, se erigen en superiores al Señor, al apóstol Pablo y, de hecho, a todos los profetas de Dios, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

Pablo, en su poderosa profecía que encaja tan bien con nuestro tiempo, reprendió tanto al predicador como al oyente que no podían tolerar **todo** el Evangelio:

Que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las

fábulas. (2 Timoteo 4:2-4).

3. **Algunas** congregaciones y escuelas han llegado tan lejos que reclutan a tales “compartidores del semi-evangelio” para llenar sus púlpitos, aulas y listas de profesores. Para esos hermanos de otra época, el pecado capital es que el predicador ofenda al alma más sensible o liberal que los escucha. (Por supuesto, no les importa si el Señor y otros amantes de toda la Verdad se ofenden por su mensaje corrompido.) Tal gente no permitiría a sabiendas que un predicador del Evangelio dicho con franqueza se encuentre a cinco millas de su jurisdicción. Sin embargo, estos mismos abrazan, apoyan e incluso honran abiertamente a los falsos maestros y faccionistas que hace mucho tiempo demostraron ser caballos de Troya en el reino. Los ancianos y predicadores de tales congregaciones nunca cuestionarían la situación marital de ningún miembro ni pensarían en alejarse del pecador más flagrante. Lo único que podría moverlos a quitar la comunión o el compañerismo sería algún “alborotador” que insistiera en escuchar todo el Evangelio desde el púlpito y las aulas.

Uno no seguirá su determinación de predicar **todo** el Evangelio por mucho tiempo sin ser probado por hacerlo. Quizá hasta sea tentado a veces por los ricos, por los poderosos, por los amigos, o incluso por la familia, a no predicarlo plenamente, pero no debe ceder. Para ser predicadores del Evangelio, debemos permanecer comprometidos a predicar no solo una parte, mucho o incluso la mayor parte del Evangelio, sino **todo**. Trabajamos bajo el infortunio de Dios si hacemos algo menos.

Los predicadores deben predicar el evangelio de la MANERA CORRECTA

Hay motivos, humor y maneras correctas e incorrectas con los que uno puede predicar el Evangelio. Pablo escribió acerca de ellos en su tiempo: “Algunos, a la verdad, predicán a Cristo por envidia y contienda; pero otros de buena voluntad. Los unos anuncian a Cristo por contención, no sinceramente...” (Filipenses 1:15-17). Todo hombre que decide que quiere predicar debe examinar cuidadosamente sus motivos para esta decisión y debe continuar examinando sus motivos durante su vida de predicación. Además, todos los que predicamos debemos esforzarnos en todo momento por predicar de una manera y un espíritu que concuerden con los de los hombres inspirados. ¿Qué elementos podemos extraer de la forma en que estos hombres predicaron?

Debemos predicar por amor

Cualquier motivo menor habría hecho fracasar pronto al Señor y a los apóstoles, dadas las pruebas y peligros que sus predicaciones provocaron. El amor que los movía era doble y correctamente ordenado. Sobre todo, amaban a Dios, seguido de cerca por su amor por las

almas de los hombres (Mateo 22:37-39). Pablo nos recuerda que, incluso si podemos hablar (predicar) con fluidez en los idiomas de los hombres y los ángeles y profetizar poderosamente, sin amor nuestra predicación equivale a hacer ruido (1 Corintios 13:1-2).

También se debe predicar con amor, como insta Pablo: “hablando la verdad en amor” (Efesios 4:15, LBLA). Si la motivación de uno para predicar es el amor, es probable que su forma de predicar siga el mismo camino. El amor no permitirá que uno ofenda intencional e innecesariamente a aquellos que lo escuchan solo por ofenderlos. Sin embargo, el mismo amor no le permitirá retener la Verdad que sus oyentes necesitan por temor a ofender a algunos de ellos. Los profetas del Antiguo Testamento, el Señor y los apóstoles a menudo ofendían a quienes los escuchaban predicar. Predicar en el amor no significa mera suavidad o dulzura. Los hombres inspirados de la antigüedad a menudo hablaban en términos que no eran ninguno de los dos. El “amor” nunca debe usarse como excusa para comprometer el Evangelio o ignorar el pecado y el error. Por el contrario, el amor bíblico exige, en lugar de impedir, la proclamación de la Verdad de una manera directa e intransigente. Si cedemos ante las demandas de una predicación “amorosa,” como algunos la definen, ningún pecador aprendería jamás su necesidad de un Salvador. **¡Ay de mí si no predico el Evangelio por amor!**

Debemos predicar con sencillez

El Evangelio es básicamente un mensaje muy simple. Es cierto que es profundo y complejo en algunos de sus temas y partes, pero los hombres tienden a complicar sus características más simples. Pablo poseía educación y habilidad hasta el punto de la elocuencia, como lo demuestran varias porciones de sus epístolas. Sin embargo, cuando se dirigió a los filósofos eruditos de su época en Atenas, su mensaje fue un modelo de términos simples y directos (Hechos 17:23-31). Pablo podría haberse dirigido a los ciudadanos de Corinto (también una sede de aprendizaje y cultura) con “excelencia de palabra o de sabiduría,” pero en cambio hizo del Cristo crucificado su tema (1 Corintios 2:1-2). Más tarde, cuando estos hermanos estaban preocupados por el don de lenguas, les escribió que prefería hablar cinco palabras que pudieran entender que diez mil palabras que no pudieran entender (14:19). Tanto Pedro como Judas advierten que una marca registrada de los falsos maestros es el uso de “palabras infladas” (2 Pedro 2:18; Judas 16).

La Verdad no se extendió como el fuego de una pradera a través de la frontera de los incipientes Estados Unidos en la primera mitad del siglo XIX sobre los hombros de teólogos con doctorados. Sin duda hubo gigantes intelectuales como Alexander Campbell, J.W. McGarvey,

Moses E. Lard y otros que contribuyeron mucho. Sin embargo, en su mayor parte, la iglesia restaurada creció tan rápidamente gracias a la predicación de hombres con poca educación formal, pero que poseían un gran celo y amor por la Biblia.

Puede que a muchos les sorprenda que usaron la versión King James. La excusa que muchos dan para querer producir, introducir y/o usar versiones de la Biblia de “lenguaje moderno” publicadas recientemente es que la versión King James es muy difícil de entender para los modernos. ¡Necedades! Desde su aceptación general en 1644 hasta 1885 fue la única Biblia en inglés en circulación. Fue la Biblia de los hombres que anunciaban la gran súplica por la restauración. ¿Estaban más alfabetizados que las generaciones recientes? Aunque yo uso la versión estándar americana de 1901 en mis estudios y predicaciones, considero la versión King James como confiable y digna de gran respeto. Sin duda habrá millones en el Cielo que aprendieron y obedecieron la Verdad de esa versión imposible de entender.

Los que argumentan que las versiones modernas usan palabras más simples tienen razón. De hecho, algunas versiones modernas han “simplificado” gran parte de la Verdad quitándola de la página. Preferiría explicarles a mis nietos el significado de términos como “*no sabéis*,” “*Espíritu Santo*,” “*cercar*” y otros en el texto de la KJV que intentar explicar por qué términos como “*naturaleza pecaminosa*,” “*sábado por la noche*” (observancia de la cena del Señor), “*solo la fe*” (como suficiente para la salvación) y otros errores similares se encuentran en un libro con la Santa Biblia en su portada. Quienes excusan la publicación de la interminable y confusa plétora de nuevas versiones a menudo alegan la “incapacidad” de las personas para comprender versiones anteriores como la KJV y la ASV. Sin embargo, el sucio secretito del verdadero motor de la incesante publicación de versiones es el dinero de sus ventas. Me opongo a los extremistas que anatematizan todas las versiones además de la King James. Pero también me opongo a los extremistas que la arrojarían al montón de cenizas de la historia como una reliquia que el hombre moderno ha superado. Si nuestros tata-tata-tata-abuelos pudieron leer, entender, obedecer y predicar de él, seguramente nosotros podemos hoy.

Muchos teólogos son tan malos al usar “léxico de teología” como los abogados al usar “léxico legal” cuando hablan y escriben. Considere el siguiente ejemplo de alguien que durante diecisiete años fue promocionado como uno de sus “eruditos” por la Universidad Cristiana de Abilene:

Debe haber lugar en la comunidad cristiana para aquellos que creen que Cristo es el hijo de Dios, pero que difieren en teorías escatológicas como el premilenialismo, asuntos eclesiológicos como la organización congregacional o asuntos soteriológicos como si el

bautismo es “para” o “a causa de” la remisión de los pecados.⁷

No sé cuánto le costó a este hombre obtener su doctorado en Vanderbilt en Nashville, Tennessee, y en St. Andrew's en Escocia, pero creo que malgastó su dinero con creces. *Escatológico, eclesiológico y soteriológico* no son palabras que caigan en la pica en la que la mayoría de nosotros vivimos todos los días. Sin embargo, incluso si sus lectores saben lo que significan, lo que dijo sobre ellos fue nada menos que una herejía. Él está enseñando que el premilenialismo y el antiismo no deben ser temas de compañerismo y que la doctrina bautista sobre el propósito del bautismo es tan buena como la doctrina bíblica. Si bien no era cierto que la “muchacha sabiduría” de Pablo lo había vuelto loco (Hechos 26:24), no estoy tan seguro de que estas palabras no encajen con este hermano apóstata y sus camaradas elitistas. (Imagínese la influencia destructiva que ha tenido este hombre al enseñar a preciosos jóvenes durante diecisiete años).

Nunca debemos oponernos a la verdadera erudición o a la sed de más conocimiento. Los predicadores deben continuar estudiando y aprendiendo mientras tengan la capacidad mental para hacerlo. Sin embargo, la noción de que uno tiene que tener un doctorado de un seminario teológico o una escuela de teología para ser un estudioso de la Biblia es una completa locura. De hecho, un gran porcentaje de hermanos que han ido a tales escuelas han regresado más llenos de dudas, escepticismo e ideas y terminología denominacional que de la Biblia. Tales hombres han resultado ser una verdadera maldición para la iglesia del Señor. Han sido una fuente importante del movimiento de los Promotores del Cambio en las escuelas y congregaciones durante la última generación.

El Señor reveló las mismas palabras de la Escritura a través del Espíritu Santo a hombres inspirados (1 Corintios 2:10, 13). No ama mucho la Verdad quien se siente incómodo con su terminología. No nos desviaremos del Libro mientras apreciemos los eslóganes probados en el tiempo y en la batalla que nos advierten que hablemos donde habla la Biblia y callemos donde la Biblia calla y que llamemos a las cosas bíblicas por nombres bíblicos. La advertencia de Pablo es siempre actual: “Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo” (2 Corintios 11:3).

¡Ay de mí si no predico el Evangelio con sencillez!

Debemos predicar con desnudez

Lucas usó valentía o alguna forma de ella ocho veces en Hechos para describir la predicación de los apóstoles y otros. Pablo lo usó once veces en sus cartas en referencia a su

propio comportamiento o al que instó a otros. La valentía es lo opuesto a la cobardía, la reticencia, la timidez o la reserva indebida. El valor no es un mero ruido, sino que hará que uno hable y hable con la Verdad y se mantenga firme frente a la oposición, la amenaza o el peligro. Ser valiente es arriesgarse a ofender a otros para salvarlos. Ser audaz también significa correr el riesgo de represalias y burlas, tanto de los hermanos como de los del mundo. Pablo describió su audacia cuando escribió: “Porque no me avergüenzo del evangelio” (Romanos 1:16).

Cuando algunos hermanos alrededor de 1960 comenzaron a convencer a otros de que nuestros padres en la fe habían sido muy valientes con el Evangelio, ese fue el momento en que el impresionante crecimiento de nuestras congregaciones comenzó a disminuir. No recuperaremos el patrón de crecimiento de antaño tomando prestados los trucos tontos y los errores de los falsos maestros, como algunos parecen pensar. No lo recuperaremos pronunciando tópicos ambiguos, pequeños discursos corteses o charlas de ánimo casi religiosas de la psicología popular. No lo recuperaremos dando sermones insípidos que podrían ser entregados en cualquier púlpito denominacional sin causar una onda. No lo recuperaremos hablando y actuando de esa manera hacia el error denominacional y la división como si no tuviéramos problemas con sus errores o que estuviéramos confabulados con ellos. No lo recuperaremos tratando de parecernos a los mundanos que tenemos poca o ninguna objeción a su fornicación, bebida, deshonestidad, egoísmo y negación general de Dios en su total secularismo.

Si leo bien el Nuevo Testamento, el único tipo de crecimiento que agrada al Señor y que es verdadero y duradero es el que proviene de la fórmula inspirada de Pablo: “Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios” (1 Corintios 3:6). Tanto Pablo como Apolos predicaron el Evangelio con valentía y sin concesiones y permitieron que la poderosa Palabra de Dios hiciera su obra en corazones buenos y honestos. **¡Ay de mí si no predico el Evangelio con denuedo!**

Debemos predicar con humildad

Cuando Dios comisionó a Jeremías para que fuera Su profeta, respondió: “¡Ah! ¡ah, Señor Jehová! He aquí, no sé hablar, porque soy niño” (Jeremías 1:6). Algunos han criticado la actitud de Jeremías. En lugar de criticar a Jeremías por su reticencia, creo que debemos elogiarlo por su humildad y modestia. Tal vez no estaba tratando tanto de evitar hacer lo que Dios le ordenaba, sino que se preguntaba en voz alta cómo, conociendo sus propias limitaciones, podría lograrlo alguna vez. Casi ningún rasgo de carácter adorna tan bellamente la personalidad como

la humildad. Esto parece especialmente así en los predicadores.

Debido a que nuestro Señor, el predicador más grande de todos, era “manso y humilde de corazón” (Mateo 11:29), lavó los pies de los discípulos (Juan 13:14) e instó a Sus seguidores a seguir Su ejemplo (v. 15). Seguramente, los predicadores no están exentos de Su bienaventuranza: “Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mateo 5:3). Cuando Pablo predicó en Éfeso, lo hizo con “toda humildad” (Hechos 20:19). Su advertencia a todos ciertamente incluye a los que predicán: “Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo” (Filipenses 2:3). Como se mencionó anteriormente, a pesar de tales advertencias y exhortaciones, Pablo nos dice que había predicadores egocéntricos y ególatras en el primer siglo que predicaban por envidia y contienda (1:15). Desafortunadamente, no están extintos.

El orgullo es una tentación de especial severidad para los predicadores porque las personas se acercan a ellos en busca de respuestas a sus preguntas, buscan su consejo y los alaban públicamente. Si no tienen cuidado, pueden empezar a creer todas esas cosas buenas que la gente puede escribir o decir sobre ellos. (¡Por supuesto, las esposas, los ancianos y ciertos autodenominados críticos generalmente ayudan a mantenerlos con los pies en la tierra!) Pocas cosas son más repugnantes para las personas que piensan correctamente que un predicador que alaba su propia capacidad, educación, influencia o importancia. El consejo de Salomón en Proverbios 27:2 es especialmente valioso para todos los que predicán: “Alábetelo el extraño, y no tu propia boca; El ajeno, y no los labios tuyos.”

Estoy convencido de que el orgullo es lo que ha llevado a algunos a abandonar la Verdad y adoptar la vertiente liberal del pluralismo teológico. También estoy convencido de que algunos han adoptado y continúan propagando herejías extrañas y extravagantes para alimentar un ego hinchado que anhela atención adicional. Como se describió anteriormente, algunos de nosotros que hemos obtenido títulos avanzados (muchos de los cuales están en las facultades de nuestras escuelas) miran con sus narices de “torre de marfil” a los compañeros “no eruditos” que no tienen más sentido que estudiar y predicar la Biblia. Estos autoproclamados “eruditos” son en su mayor parte los líderes en el esfuerzo decidido de moldear la iglesia de nuestro Señor en el molde denominacional. En su orgullo, no pueden tolerar que sus pares académicos denominacionales los acusen de ser “estrechos” en sus conceptos de compañerismo, las condiciones del perdón, la adoración y temas similares.

Sin embargo, uno no tiene que ser un pastel de frutas doctrinal, un liberal teológico o alguien educado más allá de su inteligencia para caer presa del orgullo. Aquellos que son rigurosos con la Verdad también pueden sucumbir a este pecado capital. Parece que algunos predicadores no se contentan con dejar que la “crema llegue a la cima.” Algunos, en su juventud, se dejan llevar por la ambición mientras buscan abiertamente una posición y prominencia que han llegado a otros solo después de décadas de trabajo fiel y difícil.

Conozco a un joven con una capacidad excepcional que predicó durante algunos años y que tiene una ambición casi ilimitada. No puede soportar que lo superen, ni siquiera en un juego de Monopolio. Siempre que se le corrige, tiene alguna excusa o argumentación. Juega con aquellos a través de los cuales espera obtener alguna ventaja, mientras trata con descortesía y/o ridiculiza a aquellos que considera inferiores (especialmente niños y mujeres). Anhela atención y se vuelve odioso en su búsqueda. Él sabe todas las respuestas. Hace todo lo posible para impresionar a las personas (en el púlpito y en el salón de clases y a nivel personal) con lo que considera su conocimiento superior. Es insistente, egoísta y descarado, y con frecuencia alaba sus propios talentos (de los cuales ciertamente tiene muchos). Fue doctrinalmente fiel durante sus años de predicación. Eventualmente dejó a su familia y la iglesia, dejó de predicar y se volvió a casar. No hay posibilidad de que alguna vez se reconozca en la descripción anterior; es demasiado egoísta para hacerlo. El orgullo fue su caída fatal.

Hace unos años, un predicador que conozco les preguntó a algunos compañeros predicadores cómo conseguir una invitación para hablar en “una de esas conferencias,” porque seguramente le gustaría estar en una. Como director de las conferencias durante veintidós años, algunos hombres en varios momentos se han recomendado y me han ofrecido sus servicios como oradores o escritores. Siempre les he dado las gracias cortésmente, y no los he invitado. Estos hermanos me recuerdan a un joven líder de canto de doce años que trata de dirigir “El cántico nuevo” o con un nuevo converso quería comenzar un estudio inmediato del libro de Apocalipsis.

Aunque no tengan una serie de títulos después de sus nombres o no sean los más grandes oradores, aquellos hombres que predicán la Verdad de Dios con humildad y con gran sacrificio debido a que prefieren morir antes que comprometerla son grandes a los ojos de Dios: “Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido” (Mateo 23:12). Jeremías era un hombre así. El hombre orgulloso pregunta, cuando se le carga una gran responsabilidad: “Pensé que nunca me llamarías.” El humilde servidor, como Jeremías,

pregunta: “¿Cómo es posible que alguien con una capacidad tan mala esté a la altura de la tarea?” ¡Ninguna prenda de vestir le queda mejor a un predicador del Evangelio que la prenda de la humildad! Cultivemos el rasgo hermoso y encomiable defendido en Romanos 12:3: “Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno.”

Un poeta desconocido escribió:

Cuán listo está el hombre para ir,
¡A quien Dios nunca ha enviado!
Qué timorato, tímido y lento,
¡El instrumento elegido por Dios!

¡Ay de mí si no predico el Evangelio con humildad!

Debemos predicar con urgencia

Cuando Pablo se dirigió a los ancianos de Éfeso en Mileto, les recordó que mientras estuvo entre ellos “no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno” (Hechos 20:31). Más tarde, Timoteo estaba en Éfeso cuando Pablo le instruyó: “Que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina” (2 Timoteo 4:2). Judas describe la urgencia de salvar a los perdidos como “arrebátndolos del fuego” (v. 23). Las respuestas obedientes de los pecadores al Evangelio fueron inmediatas (es decir, “fueron añadidos en aquel mismo día”, “¿qué impide que yo sea bautizado?”, “a la misma hora de la noche”, et al.), lo que implica la urgencia que les transmitían sus profesores.

Necesitamos predicar para provocar decisiones en aquellos que escuchan, decisiones para hacer cualquier cambio o tomar cualquier paso necesario, en privado o en público, para cumplir con el estándar infalible, la Palabra de Dios. Los que predicán, pero que no tienen un sentido de urgencia acerca de su trabajo, pueden necesitar considerar algún otro tipo de trabajo. No nos atrevamos a robarle al Evangelio su poder dejando a nuestros oyentes con la impresión de que es un mensaje intrascendente de “tómalo o déjalo.” Predicamos no simplemente un mensaje de vida o muerte, sino un mensaje de Cielo o Infierno. **¡Ay de mí si no predico el Evangelio con urgencia!**

Conclusión

Los que predicamos debemos **predicar** el Evangelio, **sólo** el Evangelio, **todo** el Evangelio, en la **forma** que dictan las Escrituras. Además, los que ocupan las bancas

(especialmente los ancianos) no deben exigir menos de los que predicán. ¡Ay de nosotros si no lo hacemos! La orden de Dios a Jonás sigue siendo Su orden a todos los que abren la boca en Su nombre: “proclama ... el mensaje que yo te diré” (Jonás 3:2). Todos los que se atrevan a predicar están bajo la obligación que Micaías reiteró cuando lo llamó el malvado Acab: “Vive Jehová, que lo que Jehová me hablare, eso diré” (1 Reyes 22:14). No nos atrevamos a suavizarlo, endulzarlo o afeitarlo para apelar a las vanidades y vicios de los hombres. Hacerlo no salvará al pecador y condenará al predicador que se atreva a hacerlo.

Notas finales

1. Todas las Escrituras son tomadas de la RV1960 al menos que se indique lo contrario.
2. William F. Arndt and F. Wilbur Gingrich, *A Greek English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature* (Chicago, IL: The University of Chicago Press, 1957, 1974 ed.), p. 317
3. Joseph Henry Thayer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament* (New York, NY: American Book Co., n.d.), p. 346.
4. Estos comentarios no deben entenderse como una crítica u oposición al empleo de ayudas visuales en la predicación. Quizás miles hayan sido convertidos por predicadores de generaciones pasadas que usaron pizarrones y/o sábanas para diagramas de sus sermones. Más recientemente, se han utilizado proyectores de películas, pizarras de franela, pizarras magnéticas y pizarras de velcro para reforzar sermones poderosos. Actualmente, algunos predicadores han aprendido a usar la tecnología informática para ayudar a sus oyentes a seguir y recordar la Verdad que están proclamando. Todos estos dispositivos son parte de la predicación misma, en lugar de sustituirla. Simplemente planteo la advertencia de que, en el uso de tales herramientas, uno debe tener cuidado de no permitir que el método opaque el mensaje.
5. Si bien me refiero específicamente al escenario en el que un hombre se para ante los demás en una asamblea y entrega un mensaje bíblico, nadie debe inferir que estoy tratando de limitar todas las enseñanzas a la comunicación unidireccional (es decir, del predicador al oyente) en todas las circunstancias. El diálogo o el intercambio de ida y vuelta (como en el caso de un debate o una situación de clase) es ciertamente bíblico y, a menudo, muy efectivo. Mi intención es llamar la atención sobre la falta de énfasis en la autoridad de las Escrituras y el que las predica que es inherente al enfoque de pseudo-humildad de “compartir,” ya sea en el púlpito, en el salón de clases o en un estudio privado con otra persona.
6. rhchurch.org/index.html
7. Carroll D. Osburn, *The Peaceable Kingdom* (Abilene, TX: Restoration Perspectives, 1993), pp. 90-91.

[Nota: Me asignaron este manuscrito y lo presenté en las conferencias Permian Basin, del 22 al 24 de abril de 2005, organizadas por la Iglesia de Cristo de Eisenhower, Odessa, Texas. El MS también apareció en el libro de conferencias, *Some Questions About Worship* (ed. Jeff Sweeten, Eisenhower Church of Christ).]

Atribución: de thescripturecache.com; Dub McClish, propietario y administrador.

Traducido por: Jaime Hernandez.